

Amos Oz

¿De qué está hecha una manzana?

Conversaciones con Shira Hadad

Traducción del hebreo de
Raquel García Lozano

 Siruela

Biblioteca Amos Oz

Índice

Un corazón atravesado por una flecha	11
A veces	51
Una habitación propia	101
Cuando pegan a tu hijo	129
Lo que ningún escritor puede hacer	155
Los semáforos hace tiempo que cambian solos	179
<i>Agradecimientos</i>	205

En la primavera de 2014, mientras estaba preparando la edición de *Judas*, el libro de Amos Oz, comenzamos a hablar. Cuando el libro se publicó, en el verano de ese mismo año, descubrimos que nuestra conversación no había terminado. Continuamos reuniéndonos en su casa y hablando de libros y de escritores, de inspiración y de influencias, de hábitos de escritura y de remordimientos, de matrimonio y de paternidad. Al cabo de unas semanas, nos trasladamos del salón al despacho y pusimos una grabadora sobre la mesa.

Reunimos decenas de horas de grabaciones, que han sido la base de este libro. Las conversaciones que aparecen aquí no siguen un orden cronológico, ni cada capítulo del libro es una transcripción de una única conversación que empezó y terminó en un mismo día. Volvimos a tratar temas que seguían interesándonos, ampliamos, acortamos, y unimos partes de conversaciones que, aun estando separadas, se entrelazaban. Durante ese trabajo conjunto, nos hicimos amigos. Los capítulos de este libro no son entrevistas periodísticas, sino el fruto de un diálogo con-

tinuado, una expresión de la amistad y la afinidad que fueron surgiendo a lo largo de mucho tiempo.

Hay numerosos temas que ni siquiera hemos tocado. Ninguno de nosotros pensaba que el libro tenía que ser «integral». En el verano de 2017, se publicó el libro de ensayos *Queridos fanáticos*. Sus tres capítulos coincidían con parte de nuestras conversaciones de tono político, y decidimos dejarlas fuera de este libro. Otras partes, con un carácter más ensayístico que las que aparecen aquí, se incluirán en otro libro que está previsto que salga el próximo año. Así tomó forma *¿De qué está hecha una manzana?*, como un libro personal y biográfico: un posible retrato de Amos Oz, tal y como él se me ha mostrado en los últimos años.

SHIRA HADAD,
mayo de 2018

Un corazón atravesado por una flecha

¿Qué mueve tu mano al escribir?

En el patio del Instituto Rehavia de Jerusalén había un eucalipto en el que alguien había grabado un corazón atravesado por una flecha. En el corazón, a ambos lados de la flecha, ponía Gady y Ruty. Recuerdo que ya por aquel entonces, yo debía de tener trece años, pensé: Seguro que lo ha hecho el tal Gady, no Ruty. ¿Por qué lo habrá hecho? ¿Él no sabía que quería a Ruty? ¿Ella no sabía que él la quería? Y creo que en ese momento me dije: Quizá algo en su interior sabía que eso acabaría, que todo acaba, que ese amor terminaría. Él quiso dejar algo. Quiso que, cuando ese amor desapareciera, quedase algún vestigio de él. Y eso es muy similar a lo que impulsa a contar historias, a escribir historias: arrancar algo de las garras del tiempo y del olvido. Y también el deseo de darle una segunda oportunidad a lo que ya nunca tendrá una segunda oportunidad. Eso también. Las fuerzas que mueven mi mano al escribir también son el deseo de que no se borre, de que no sea como si nunca hubiese existido, y no precisamente cosas que me han ocurrido a mí. A mí, por ejem-

plo, nunca me han contratado para vivir en la buhardilla de una vieja casa y hablar durante horas, a cambio de un salario, con un anciano inválido, como le ocurre a Shmuel Ash en *Judas*. Eso no me ha ocurrido a mí. Pero en Jerusalén había personas que hablaban un poco como Gershom Wald. Ahora ya no están. Una de las cosas que quería era que eso no se olvidara. Aquel Jerusalén de intelectuales febriles, que tenían un pie en Brenner, en la Biblia, en el patio de Ben Gurión, en Nietzsche, y otro en Dostoievski o en Jabotinsky.

¿Y sientes que lo que te motiva a escribir va cambiando con los años, o continúa siendo similar en esencia?

Shira, no lo sé, creo que sigue siendo lo mismo, pero no estoy seguro. Casi nunca me pregunto por aquello que me motiva a escribir. Cuando me siento aquí antes de las cinco de la mañana con el primer café, tras caminar por las calles vacías, nunca me pregunto qué es lo que me motiva. Sencillamente, escribo.

¿Pero te preguntas de dónde proceden las historias?

Sí sí. A veces me lo pregunto, pero no siempre encuentro respuesta. Te voy a contar algo que tiene relación con tu pregunta. En cierta ocasión traduje un poema ruso de Anna Ajmátova, pero partiendo del inglés, de la versión de Stephen Berg, porque yo no sé ruso. Y tiene que ver exactamente con la pregunta que me acabas de hacer. Lo

teclé en una máquina de escribir, cuando aún no había ordenadores. Así termina ese poema:

A veces me siento. Aquí. Los vientos del mar gélido
soplan a través de mis ventanas abiertas. No me levanto,
no
las cierro. Dejo que el aire me toque. Me congelo.
Crepúsculo o amanecer, el mismo resplandor brillante
de las nubes.
Una paloma picotea granos de trigo en mi mano
extendida,
y ese espacio blando, infinito, de las hojas sobre mi
atril...
Un solitario y vago impulso levanta mi mano derecha,
me guía,
mucho más antiguo que yo, va descendiendo,
azul como un párpado, sin dios, y comienzo a escribir.

Es precioso.

Yo no traduzco, pero quise traducir este poema del inglés. A lo mejor en ruso es aún más hermoso, no lo sé.

En ocasiones me pregunto de dónde proceden las historias, y no tengo una respuesta clara. Mira, por una parte, sí que lo sé, porque siempre he vivido una vida de espía. Lo cuento en *Una historia de amor y oscuridad*. Yo escucho conversaciones ajenas, observo a personas desconocidas y, si estoy en la cola del ambulatorio, en una estación de tren o en un aeropuerto, jamás leo un periódico. En

vez de eso, escucho hablar a la gente, robo fragmentos de conversaciones y los completo. O bien observo la ropa o los zapatos —los zapatos siempre me cuentan muchas cosas—. Observo a la gente. Escucho.

Mi vecino de Hulda, Meir Sibahi, decía: Cada vez que paso por delante de la ventana de la habitación en la que escribe Amos, me detengo un momento, saco un peine y me peino, porque si entro en un relato de Amos, quiero hacerlo bien peinado. Es muy lógico, pero en mi caso no funciona así. Tomemos como ejemplo una manzana. ¿De qué está hecha una manzana? Agua, tierra, sol, árbol y un poco de estiércol. Pero ella no se parece a ninguno de esos elementos. Está hecha de ellos, pero no se parece a ellos. Así es un relato, está hecho de una suma de encuentros, experiencias y escuchas atentas.

Lo primero que me impulsa es el deseo de adivinar qué sentiría yo si fuese él, que sentiría yo si fuese ella: ¿qué pensaría? ¿Qué querría? ¿De qué me avergonzaría? ¿Qué sería, por ejemplo, importante para mí que nadie en el mundo supiera de mí? ¿Qué ropa me pondría? ¿Qué comería? Eso siempre me ha acompañado, incluso antes de comenzar a escribir historias, desde la infancia. Era hijo único y no tenía amigos. Mis padres me llevaban a un café de la calle Ben Yehuda de Jerusalén, y me prometían un helado si permanecía callado mientras ellos hablaban con sus amigos. Y por entonces un helado era algo muy poco habitual en Jerusalén. No porque costara mucho dinero, sino porque nuestras madres, sin excepción, devotas y laicas, sefardíes y asquenazíes, creían sin el menor atisbo de duda que un

helado significaba irritación de garganta, y que la irritación significaba inflamación, y la inflamación, gripe, y la gripe, anginas, y las anginas, bronquitis, y la bronquitis, pulmonía, y la pulmonía, tuberculosis. En resumen, o helado o niño. Pero, a pesar de todo, me prometían que me comprarían un helado si no les molestaba mientras conversaban. Y se la pasaban hablando miles de horas sin parar. Yo, para no volverme loco con tanta soledad, sencillamente me dedicaba a espiar las mesas cercanas. Robaba fragmentos de conversaciones, observaba, ¿quién pedía qué?, ¿quién pagaba? Intentaba adivinar qué relación había entre las personas de la mesa de al lado, e imaginar, por su aspecto, por su lenguaje corporal, de dónde procedían, cómo era su casa. Eso lo sigo haciendo hoy en día. Pero no es que fotografíe, vuelva a casa, revele la foto y tenga una historia. En el proceso hay montones de transformaciones. Por ejemplo, en *La caja negra* hay un chico que tiene la costumbre de rascarse la oreja derecha con la mano izquierda, pasando el brazo por detrás de la cabeza. Y una mujer me preguntó de dónde había sacado eso, porque ella también conocía a alguien que se rascaba la oreja derecha pasando el brazo izquierdo por detrás de la cabeza. Le dije que estaba casi seguro de haberlo visto alguna vez y se me quedó grabado, pero ¿dónde lo vi? Me vas a matar, no lo sé. Procede de algún recuerdo olvidado; no salió de la nada, pero no sé de dónde.

Sabes qué, te lo diré de este modo: cuando escribo un artículo, normalmente lo hago porque estoy enfadado. La primera fuerza motora es el sentimiento de enojo. Pero

cuando escribo un relato, una de las cosas que mueve mi mano es la curiosidad. Una curiosidad tal que me resulta imposible saciarla. Me produce muchísima curiosidad meterme en la piel de los demás. Y considero que la curiosidad no es solo una condición indispensable para cualquier trabajo intelectual, sino también una cualidad moral. Es, tal vez, la dimensión moral de la literatura.

Mantengo una discusión al respecto con A. B. Yehoshúa, que sitúa la cuestión moral al frente de la obra literaria: crimen y castigo. Yo creo que tiene una dimensión moral en otro sentido: ponerte a ti mismo por unas horas en la piel de otra persona. Eso tiene un peso moral relativo, no demasiado grande, tampoco hay que exagerar. Pero yo realmente creo que alguien curioso es mejor pareja que alguien que no lo es, al menos un poco mejor, y también es mejor padre. No te rías de mí, pero creo que alguien curioso incluso es mejor conductor en la carretera que alguien que no lo es, porque se pregunta lo que el conductor del otro carril es capaz de hacer de repente. Creo que alguien con curiosidad también es mucho mejor amante que alguien que no lo es.

Hablas, y con razón, de la curiosidad como de una cualidad humanista. Pero también hay otro tipo de curiosidad, casi contraria, como la del niño que despedaza un pájaro para ver cómo es por dentro. Bajo tu punto de vista, una literatura escrita con una curiosidad que muestra al prójimo con sus miserias, que a veces raya el sadismo, ¿puede ser una gran literatura?

Es cierto. No se puede olvidar que existe también una curiosidad malsana. La encontramos en los niños, en los adultos y también en los escritores. La curiosidad de quienes se arremolinan alrededor de un herido para ver su sufrimiento y encontrar placer en ello. Obras en las que el escritor está fascinado por el mal, e incluso hechizado por él, como por ejemplo *Otelo*, de Shakespeare, o *Viaje al fin de la noche*, de Céline, también tienen una dimensión moral. Porque desafían al lector, o producen en la lectora anticuerpos morales.

Y en tus libros, ¿hay a veces esa curiosidad malsana? En mi opinión, sí.

Claro que la hay. Por ejemplo, en las detalladas descripciones de los estertores en el relato «La inercia del viento». O en las descripciones del sadismo, las torturas y los abusos del relato «Hasta la muerte».

Hoy en día eres un escritor muy famoso, la gente te reconoce. La cuestión del «contacto con la realidad» ¿se está volviendo más problemática con el tiempo?

No. En los lugares donde observo a las personas, muy pocas veces me reconocen. Si voy a un restaurante, a veces hay gente que me reconoce. Si estoy en la universidad, me reconocen. En el taller mecánico o en la cola del ambulatorio, casi nadie me reconoce. Alguna vez aparece alguien que pregunta si soy ese de la televisión, o si he sido dipu-

tado... También algunos taxistas. De cuando en cuando pasa, pero normalmente la gente no me reconoce. Y en absoluto cuando estoy en el extranjero. En los últimos años, cuando estoy en una ciudad desconocida, ya no voy a los museos, porque me duelen las rodillas. Tampoco voy a ver los enclaves famosos, porque ya he visto suficientes, sino que me siento en la terraza de un café o, si hace frío, busco una acristalada. Puedo pasarme yo solo dos o tres horas observando a personas desconocidas. ¿Qué hay más interesante que eso?

Y cuando vuelves de la cafetería o del ambulatorio y te pones a escribir, ¿tienes rituales fijos?

Mira, no te lo voy a contar todo con la grabadora. Sin ella, a lo mejor te diría algo más. No todo. Mi primer ritual es que cada cosa esté en su sitio. Siempre, que cada cosa esté en su sitio. Eso le hace la vida imposible a mi familia. Constantemente estoy poniendo cosas en su sitio. Alguien empieza a tomarse un café... Nily, mis hijas, mi hijo, mis nietos, incluso algún invitado, empiezan a tomarse un café, dejan la taza un instante, van a responder al teléfono... y cuando regresan lo que quedaba del café ya está en la pila, y la taza, fregada y colocada boca abajo en el escurrreplatos.